

Biblioteca-Films

N.º 171 ■ El Momento Supremo ■ 25 CTS.



LUCILLE
HUTTON

WILLIAM
DESMON

HILL, Robert F.

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Redacción, Administración y Talleres:

VALENCIA, 234

Centro de Repartos de Publicaciones:

BARBARÁ, 8

AÑO IV

Teléfono núm. 958 G.

BARCELONA

Núm. 171

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA :

El Momento Supremo

Deliciosa comedia sentimental interpretada por el
celebre actor

William Desmond

Exclusivas HISPANO AMERICAN FILMS

Calle de Valencia, núm. 209 — Barcelona

REPARTO

Guillermo Carson	William Desmond
Daniel Cassidi	ALBERT HART
June Smart	ALFRED FISHER
El Detective Quin	ROBERT M. HOMANA
Mildred Day	Lucille Hutton
El Canquero Day	JOHN STEPPING
Evangelina Jones	MARGARET CULLINGTON
Tricks Kennedy	HARRY VAN METER

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



Una noticia en la Prensa, según la cual se había ofrecido una cantidad fabulosa por unos cuadros antiguos que se guardaban en casa de los Puyester, en Riverside Drive, suscitó los temores de la Policía respecto a la seguridad de tan valiosos objetos e hizo que dicha casa fuera rigurosamente vigilada, mientras duraba la ausencia de su propietario, que se hallaba viajando por Europa.

A pesar de estos temores, la mansión de los Puyester permanecía deshabitada, desde la marcha de su dueño, sin que nada anormal viniera a confirmar las sospechas de la Policía, pero, desde hacía unos días, todas las noches se veían iluminadas algunas habitaciones del edificio y esto dió lugar a que el célebre detective Quin, ayudado por varios agentes, entrara una de estas noches, para capturar a quienes creía que trataban de robar los famosos cuadros.

Sin detenerse un instante, dió a sus hombres las órdenes oportunas para que realizaran un minucioso registro por toda la casa, a la vez que él se dirigía a una de las habitaciones que permanecía encendida.

Abrió la puerta de la estancia y quedó sorprendido al encontrarse con el propio Puyster, que le preguntó extrañado:

—A qué viene esta invasión, señor Quin?

El detective se le quedó mirando fijamente, como queriendo hallar el parecido de aquel rostro con otro que le era bastante conocido y sin responder a la anterior pregunta, interrogó él a su vez:

—¿Es usted el señor Puyester?

—De no serlo, difícilmente podría hallarme en este despacho—contestó tranquilamente el aludido.

—Es que creí que estaba usted en Europa.

—Así es, en efecto, pero hace unos días que he regresado con mi criado y no creo que tenga esto nada de extraordinario.

—Lo verdaderamente extraordinario, señor Puyster, es que mientras vigilábamos su casa hemos visto entrar en ella a dos individuos sospechosos.

En aquel momento, entraron los demás policías y dieron cuenta a Quin de lo infructuosas que habían resultado sus pesquisas, diciéndole:

—Hemos buscado por toda la casa sin encontrar a nadie.

Al oír aquellas palabras, Puyster, fingiendo una gran alarma, se adelantó hacia Quin y exclamó:

—¡Usted como detective tiene que protegerme; por lo menos déjeme un arma!

Quin, convencido de que la excitación que demostraba aquel hombre era efectivamente real, se negó a ello diciéndole, a la vez que salía:

—No; un arma es peligrosa en manos que no sepan manejarlas.

Amo y criado siguieron con atención las pisadas del detective, que se alejaba y cuando éstas dejaron de apercibirse por completo, corrieron al armario, donde estaban los cuadros y huyeron con ellos precipitadamente.

Al día siguiente, el detective Quin, por un asunto relacionado con su profesión, se vió obligado a visitar a Guillermo Carson, un sujeto de vida algo misteriosa y a quien el detective venía siguiéndole los pasos desde hacía tiempo.

Para un buen observador no hubiera pasado desapercibida la extraordinaria semejanza que existía entre el Guillermo Carson, que tranquilamente tocaba el piano en el "hall" de su casa y el asustadizo Puyster de la noche anterior.

Tampoco pasó inadvertido para la mirada de linee del policía este parecido y, al reconstruir mentalmente la última entrevista, quedó convencido de que entre el ladrón que perseguía y el dueño de los cuadros, con quien había hablado, no había más diferencia que un simple bigote.

Guillermo Carson, mientras que Quin lo miraba fijamente, sostenía con firmeza aquella escudriñadora mirada, afectando la mayor indiferencia, hasta que éste le dijo:

—Siento decirte Carson, que las sospechas de la estafa de Grandón están en contra tu-

ya... ¿De dónde sale todo ese dinero que vienes derrochando?

—Del seguro que cobré por la pérdida del buque de mi tío—contestó tranquilamente.

—Y... ¿bajo qué bandera navegaba ese viejo capitán?... ¿Bajo la negra?

—Se equivoca usted. ¡Navegaba bajo la de los Estados Unidos!—replicó enérgicamente Carson.

El astuto policía, sin hacer caso de la protesta del joven, continuó haciéndole preguntas, mientras inspeccionaba la casa y, al ver que no podía sacar nada en claro, terminó la entrevista diciéndole en tono amenazador:

—Me gustaría poder llevarte conmigo, para ver si por el camino te crecía el bigote y te parecías a cierta persona que yo conozco.

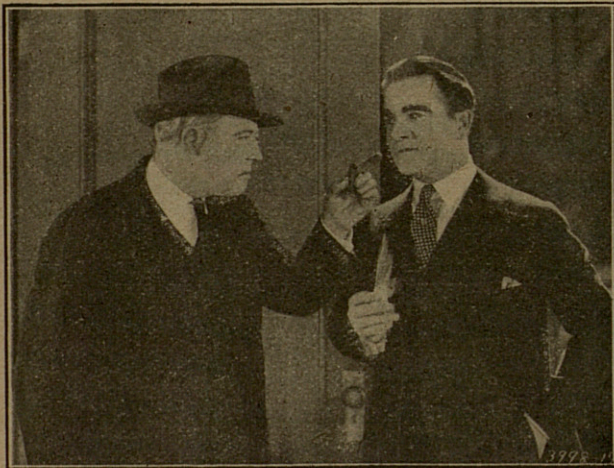
—Lo lamento mucho, Quin, pero tengo algo más útil en que invertir mi tiempo y no puedo perderlo viendo cómo me crece el bigote, para parecerme más o menos a esa persona—respondió Guillermo irónicamente, a la vez que despedía al policía.

Mientras duró la anterior conversación, un individuo, oculto tras un biombo, había tenido encañonado al policía y cuando éste desapareció salió de su escondite y le dijo a Carson:

—Me parece que Quin sospecha algo de nosotros.

—No solamente sospecha, sino que está plenamente convencido de que los cuadros están

en nuestro poder. Es preciso sacarlos de aquí inmediatamente, porque estoy viendo que ese individuo va a volver con una orden de registro.



Me gustaría llevarte conmigo. para ver si por el camino te crecía el bigote.

Y, sin perder un momento, liaron los cuadros, que la noche anterior habían sustraído de la casa de Puyster y se encaminaron hacia una cabaña, situada en las afueras de la población, para evitar que Quin pudiera dar con ellos.

II

Mientras tanto, en el primer piso de los Departamentos Holbrock, la mujer del detective se hallaba distraída, jugando con su hijito, cuando, de pronto, se vió rodeada de una espesa humareda, que la cegaba por completo, y se dió entonces cuenta de que estaba ardiendo todo el edificio.

Intentó salir al balcón, para demandar auxilio; pero, antes que pudiera hacerlo, se derrumbó toda aquella parte de la casa y cayó a la calle, en el preciso instante que pasaba Guillermo Carson con su amigo.

Al ver caer a la pobre mujer, corrió a socorrerla, sin poder sospechar quién era aquella desgraciada, que, olvidando su propio dolor, sólo se preocupaba del hijo que quedaba dentro de la casa y a quien esperaba una muerte segura, de no correr pronto en su auxilio.

Era tal la angustia que se reflejaba en el rostro de la infeliz madre, que Guillermo, impulsado por la nobleza de sus sentimientos y sin detenerse a pensar en el riesgo que corría, de quedar sepultado entre los escombros, subió al piso donde estaba el niño y, después de inauditos esfuerzos, volvió a aparecer con él y se lo entregó a su madre que, al tenerlo nuevamente en sus brazos, comenzó a besarlo con ese delirio propio del cariño materno.

Carson había logrado salvar a la inocente criatura, pero aquel acto heroico le había cos-

tado sufrir graves quemaduras, que le obligaron a guardar cama en el mismo hospital donde fué llevado el hijo de Quin, cuyas camas se hallaban separadas por una cortina.

Aquella noche, cuando el célebre detective, enterado de la desgracia que le había ocurrido a su familia, llegó al hospital donde ésta se hallaba, le preguntó a su esposa:

—Me han dicho que un joven os salvó la vida, arriesgando la suya... Es preciso enterarse de dónde vive, para saber quién es y darle las gracias por su heroico comportamiento.

—Ese hombre se encuentra en la cama de aquí al lado—repuso su esposa, señalando hacia el lugar donde estaba Guillermo.

—Voy ahora mismo a verlo—contestó Quin, levantando la cortina. Y al encontrarse con Carson no pudo ocultar su sorpresa y exclamó:

—¿Qué quiere decir esto, Guillermo? ¡Tú, a quien yo estaba preparando diez años de presidio, has salvado a mi esposa y a mi hijo!

—Yo no sabía que lo fuesen, pero puede usted estar seguro que, aun cuando lo hubiese sabido, hubiera obrado del mismo modo—le dijo Carson, procurando quitar importancia a lo que había hecho.

—Me has desarmado por completo, Guillermo. Después de esto, ya no puedo hacer nada contra ti; pero es preciso que devuelvas los cuadros que te llevaste de casa de Puyster y

que procures enmendar tu vida, de lo contrario me comprometería seriamente. ¿Conoce la pequeña ciudad de Kelsey?

—La he visto algunas veces desde el tren.

—Pues es donde debes irte, cuando estés curado y la tranquilidad de aquel pueblo será un medio eficaz para apartarte del peligroso camino que llevas.

—Está bien. Acepto sus consejos y le prometo vivir honradamente en Kelsey.

Y con un fuerte apretón de manos, sellaron los dos eternos enemigos aquel pacto amistoso, que los unía para siempre y borraba el odio que se habían tenido mutuamente.

Algunos días después, dos extraños forasteros fijaban su residencia en Kelsey, condenados a morir de tedio y aburrimiento.

Como ya habrán adivinado nuestros lectores, los dos individuos que acababan de apearse del tren, eran Guillermo Carson y su inseparable amigo, el simpático Dan Cassidy, un buenazo a carta cabal y que al ver la monótona vida que le esperaba en aquel pueblo, que parecía aletargado, le dijo a su compañero:

—Hubiera sido preferible que Quin nos hubiese enchiquerado en la cárcel, a tener que vivir aquí. Por lo menos allí estaríamos entre amigos.

—No hables mal del pueblo, que todavía no lo conoces, Dan. Yo creo que lo mejor es dar una vuelta por él, para orientarnos un poco.

Pero, cuando ya iban a echar a andar, apa-

reció en la puerta de la casa de enfrente una preciosa muchacha, que al ver el porte elegante de Guillermo, quedó agradablemente sorprendida y, sonriéndole con refinada coquetería, le dió a entender que no le había sido del todo indiferente.

La linda aparición era nada menos que Mildred Day, la hija del banquero de la localidad, que, debido a sus muchos mimos, creía que sus caprichos debían de ser órdenes, que todos tenían que acatar sin discusión alguna.

Los dos amigos desistieron instantáneamente de su proyectado paseo y mientras Carson contemplaba a la bella desconocida, Dan no apartaba la vista del escaparate del Banco, donde se exhibía un gran número de billetes y de monedas de oro.

Por fin, después de un rato de muda contemplación, se volvieron uno hacia otro y exclamaron simultáneamente:

—No se pasa aquí mal, después de todo...

Aquel caso de verdadera telepatía, ocasionado por dos motivos completamente opuestos, les hizo reír alegremente y cogidos del brazo se internaron por las calles de aquella ciudad, que venía a ser para ellos un verdadero correccional.

III

Como la mayor parte de los banqueros rurales, Carlos Day, el padre de la caprichosa Mildred, empezó su carrera como dependiente,

hasta llegar a ser el propietario de casi todo el pueblo.

Su mayor distracción era la de sentarse a la puerta del comercio de Smart, con otros amigos y pasarse las horas muertas jugando a las damas.

El comercio de Smart, era uno de los tantos que abundan en las pequeñas ciudades y en los que se venden un kilo de arroz, lo mismo que un par de zapatos.

Debido al excesivo crédito que su dueño concedía a sus parroquianos, se estaba éste arruinando rápidamente, sin que consiguiesen hacerle ver la triste realidad, ni los consejos de sus amigos, ni los de su hija June, una linda muchacha, en cuyo rostro de amapola brillaban dos hermosos luceros, dejando entrever toda la bondad que se encerraba en aquella alma completamente ingenua.

A este establecimiento se dirigieron Carson y Dan, para comprar un pañuelo y al entrar en él, sorprendieron la conversación que el dueño sostenía con uno de los parroquianos, a quien le decía:

—Juan, tu cuenta tiene más de un año... ¿No puedes pagarme algo?

El parroquiano sacó un bolsillo, en el que había un puñado de monedas y cuando se las iba a entregar a Smart, volvió a guardárselo, como poseído de un súbito pensamiento y exclamó:

—Ahora no te puedo pagar... Otro día te pagaré.

Desde que entró en la tienda, Guillermo Carson no tuvo ojos más que para mirar a la preciosa June, que, con la vista baja, ruborizada por la insistencia con que aquel forastero se fijaba en ella, no dejaba de mirarlo alguna que otra vez furtivamente, como para cerciorarse de que en realidad era tan simpático, como se lo había imaginado desde el primer momento.

Se hallaban los dos jóvenes completamente engreídos en su muda conversación, cuando entró Carlos Day, presentándole unas letras al dueño del comercio, el cual le expuso la difícil situación en que se encontraba diciéndole:

—No solamente me es imposible pagarte esas letras, sino que pensaba pedirte algún dinero.

—Lo siento mucho, David—contestó el banquero—. Las letras te las renovaré, pero no me pidas un céntimo más. Lo que debes hacer es procurar cobrar tus cuentas pendientes para que el público no te robe tan descaradamente.

Por aquella conversación, comprendió Carson lo infeliz que debía ser aquel buen hombre y queriendo hacer méritos, para ganarse la simpatía de su hija, se acercó a él y le dijo:

—Según he oído, parece que el negocio no es nada de próspero, ¿verdad?

—Así es, en efecto, joven—repuso melancó-



Desde que entró en la tienda, Guillermo no tuvo ojos más que para mirar a la preciosa June.

licamente Smart—. Todo el mundo compra al fiado y luego nadie quiere pagar.

—Lo que usted necesita, señor Smart, es un hombre joven, con ideas modernas. Este almacén, si usted quiere, puede convertirse en un emporio, como el del otro lado de la calle. Déjese guiar por mí y yo le prometo que, en menos de un año, tiene usted el mejor comercio de Kelsey.

Sin confianza alguna en las promesas del joven forastero, David Smart accedió a los deseos de aquel desconocido y desde aquel instante, Guillermo y Dan quedaron admitidos, como dependientes del establecimiento.

IV

Gracias al entusiasmo de Guillermo, no pasó mucho tiempo sin que las cuentas atrasadas estuviesen cobradas y el almacén en su marcha normal. Las inovaciones que Carson había introducido y, sobre todo, la extraordinaria simpatía que gozaba entre todos los habitantes de la ciudad, especialmente entre las damas, atrajo un crecido público al establecimiento, cuyo negocio iba subiendo como la espuma.

David Smart creía que todo aquello era un sueño y había terminado por dejar a Guillermo la dirección del negocio e incluso interesarlo en él, aunque, en realidad, la mayor satisfacción del muchacho era ver cómo June le expresaba, con sus deliciosas sonrisas, el amor que había llegado a inspirarle.

A pesar de esta seguridad, jamás se atrevió a declararle sus sentimientos y por lo mismo tenía que sufrir con paciencia las insinuaciones amorosas de Mildred, que se creía, gracias a su dinero, con derecho a disfrutar del cariño de aquel hombre, como si se tratase de un capricho cualquiera.

Para que todo cambiase por completo, lo único que faltaba era que Dan estuviese encargado de la Caja y que, a pesar del mucho dinero que manejaba, nunca se le hubiese ocurrido la idea de conservar alguno de aquellos billetes, que con tanta frecuencia pasaban por sus manos.

También él, lo mismo que su amigo, había despertado una volcánica pasión en el "tierno" corazón de una mujercita. La pobre víctima, que sufría los efectos de aquel incendio, era Evangelina Clementina Jones que, a sus sesenta años, empezaba a comprender que el dinero no era todo lo que una mujer necesita para su felicidad.

Fea, como un adefesio y ridícula, como una caricatura, todas las tardes solía sentarse frente a la Caja, para poder contemplar a su dulce amor, que no se dio cuenta de ello, hasta que un día se lo advirtió June, diciéndole:

—Fíjese en aquella señora que está sentada frente a nosotros.

—¿Viene acaso a ofrecerse como objeto antiguo?—repuso Dan, mirando hacia el lugar que señalaba la joven.

Rió ésta la ocurrencia del cajero y continuó diciendo:

—Esa es la mujer más rica de la ciudad.

Ante aquellas palabras, cambió por completo la expresión burlona de Dan y exclamó:

—Yo no sabía lo que era, pero, indiscutiblemente, le encontraba algo a esa mujer, que me había encantado desde la primera vez que la vi.

Y desde aquel día, empezaron las sonrisas para la enamorada Evangelina, que se deshacía ante aquellas muestras del amor que había inspirado y bajaba los ojos, completamente ruborizada por las ardientes miradas que le enviaba el astuto cajero.

Cuando llegó el domingo, Dan, que se había hecho el propósito de apropiarse el dinero de la ridícula vieja, aunque para ello tuviera que casarse, fué por la mañana a esperarla a la puerta de su casa y cuando aquélla salió, se acercó a ella y le dijo:

—¿Me permite usted, linda señorita, que la acompañe hasta la iglesia?

Evangelina se sintió desfallecer, ante las palabras del adorado galán y procurando ocultar su turbación, le contestó:

—Piense usted, Dan, que no está bien visto, que una muchacha soltera se deje acompañar por un hombre, con quien no le une más que una débil amistad.

—Es que yo deseo que esta amistad nuestra se convierta muy pronto en un amor, tan

grande como el que yo le profeso—exclamó Dan, haciendo esfuerzos titánicos, para no soltar la risa.

Y, sin esperar la respuesta, se cogió del brazo de ella y juntos se dirigieron a la pequeña capilla del pueblo.

En uno de los primeros bancos se hallaban sentados June y Carson, quien, al ver entrar a su amigo, con la vieja ricachona, comprendió en seguida lo que aquél se proponía y llamó la atención de la muchacha, para que se fijase en la pareja que acababa de entrar, diciéndole:

—Me parece que nuestro cajero ha encontrado ya su media naranja.

Iba a contestarle la joven; pero, en aquel momento, el pastor llamó la atención de los fieles advirtiéndoles que iba a dar comienzo la oración y todos se pusieron de pie, excepto Dan, a quien tuvo que indicárselo su compañera.

Empezó el canto y, sobre todas las voces, sobresalían los gritos desacordes de Dan, hasta el punto que el párroco se vió precisado a terminar la oración antes de tiempo, y dar por acabada la misa.

A aquella tarde, dos parejas, completamente dichosas, paseaban por las afueras de la población, conjugando el eterno verbo de los enamorados.

Una de ellas era Evangelina y Dan, que, teniendo entre las suyas las manos de su compañera, le decía cariñosamente:

—Hay algo en usted que yo adoro.

Comprendió Evangelina que había llegado el tan ansiado momento y conteniendo los fuertes latidos de su corazón, que marchaba a una velocidad de un 40 H.P., le preguntó con ridícula coquetería:

—¿Qué es ello?... ¿Mis ojos?

—Sí, sus ojos, sus cabellos y la esbeltez de su cuerpo, que parece una flexible palmera— repuso Dan, atrayéndola hacia su pecho, mientras que hacía gestos de repugnancia, de forma que ella no los viese.

La otra pareja era June y Carson. Este, influenciado por la dulzura de aquel bello atardecer, sentía en su pecho, más fuerte que nunca, el amor que en él había despertado la exquisita belleza de la joven y mirándose arrobado en el cielo azul de aquellos ojos ensoñadores, que prometían una felicidad sin límite, no pudo contener por más tiempo su inmensa pasión y estrechándola con infinita ternura, le fué diciendo todo su amor, con ese lenguaje especial que sólo saben los enamorados y que suena en los oídos, como el alegre tintineo de unas campanillas de oro.

June, oía emocionada las frases amorosas de Guillermo y su almita de niña sentía, en aquellos momentos, toda la felicidad de vivir. Ella en su encantadora ingenuidad se había imaginado el amor como algo muy bello, pero nunca pudo comprender la felicidad que representaba, hasta sentir sobre sus labios la dulce ca-



June oía emocionada las frases amorosas de Guillermo.

ricia del beso del amado.

Y cuando, ya casi de noche, los dos jóvenes volvieron hacia el poblado, sus almas vibraban aún al recuerdo de las horas felices de aquel día.

V

Todos los negocios comerciales de Kelsey tenían que llevar el "Visto Bueno" del banquero Carlos Day, y a él se presentó cierta mañana un sujeto desconocido, llamado Tricks Kennedy, el cual le propuso un negocio, nada lícito y que tenía por resultado el quedarse con el establecimiento de Smart.

Day, sabía sobradamente la simpatía con que contaba Carson entre los vecinos de la ciudad y al enterarse de lo que pretendía Tricks, le contestó, plenamente convencido.

—Es inútil ponerse en frente de Carson en esta localidad. En menos de un año ese joven ha levantado la tienda, salvándola de un desastre que parecía inevitable.

Fueron inútiles todos los argumentos que el forastero le expuso, para apoyar su propuesta y cuando ya se daba por vencido, Mildred, que veía en aquella proposición un medio eficaz para vengarse de los desprecios que le había hecho Guillermo, le dijo:

—Déjeme su prospecto. Yo convenceré a mi padre.

Guillermo, mientras tanto, regresaba de un viaje de compras de la ciudad vecina y quedó sorprendido al ver en la tienda a Tricks, al

que conocía de antiguo y a quien preguntó:

—¿A qué vienes aquí?

—Estoy trabajando en el timo del almacén, con el banquero de aquí y él me ha recomendado que me una a ti. Así podremos realizar otro "negocio" parecido al de Grandón.

—Kenedy, ya sabes que en aquel timo, la única víctima fui yo. Además, en este pueblo se me considera como un hombre honrado y, mientras yo pueda, no llevarás a cabo ninguno de tus sucios manejos.

—¿Eso quiere decir que te pones en contra mía?

—Lo que quiero decir, es que tomes el tren y te marches inmediatamente, antes que me obligues a dar otro paso.

Las consecuencias de la actitud de Carson no se hizo esperar mucho tiempo, sino que, aquella misma tarde, Smart tuvo que presentarse en casa del banquero Day, ante una urgente llamada de éste que le dijo.

—David, tus letras han vencido hace sesenta días. Necesito que me las pagues mañana a las nueve.

—Pero ¿por qué este apremio tan repentino, señor Day—le preguntó Carson, que había acompañado a Smart.

—No quiero dar más explicaciones. Las nueve de la mañana es mi límite—contestó el banquero, dando por terminada la conversación.

El pobre David Smart comprendía la imposible que era el poder recoger, en tan corto es-

pacio de tiempo, la cantidad que adeudaba al banquero y veía que, a pesar de los esfuerzos que habían hecho para restablecer la normalidad del negocio, todo había sido inútil, puesto que el embargo era cosa hecha.



—No quiero dar más explicaciones. Las nueve de la mañana es mi límite.

Guillermo procuraba animarlo, no obstante, pero todos sus razonamientos eran inútiles y cuando legaron cerca del almacén, temiendo que June pudiera enterarse de la ruina que se avecinaba, le recomendó a Smart:

—No diga a June nada de esto. Así le evitaremos un disgusto.

Pero aquel consejo resultaba inútil, puesto que Mildred, que se había enterado de la anterior vida de Guillermo, fué a ver a June para decirle:

—Vengo a decirte que no te fíes de Carson. Me he enterado esta mañana de que es un perseguido de la justicia por robo.

El amor de June era más fuerte que todas las calumnias que pudiera inventar la que sabía era su rival y protestó con energía:

—Si todas las mujeres de esta ciudad vinieran a decirme que Carson es un ladrón, ten seguro que no creería a ninguna.

—Tú puedes hacer lo que quieras, pero yo creo que he cumplido con mi deber de amiga, avisándote a tiempo.

—Te agradezco mucho tu interés y procuraré no olvidarlo—repuso la joven, bastante molesta por la insistencia de la que se llamaba su amiga.

Cuando Guillermo llegó a la tienda, se fué directamente a la Caja y le dijo a Dan:

—Dame un impreso de telegrama, tengo que poner uno urgente.

—¿Pasa algo nuevo?—le preguntó su amigo, al ver la preocupación de su compañero.

—Figúrate que Day nos cierra el almacén, si no tenemos diez mil pesos mañana a las nueve. Yo creo que en este asunto ha intervenido Tricks Kenedy.

Tan pronto como hubo redactado el despacho telegráfico y depositado en la oficina, Carson se dirigió a casa de Tricks, a quien encontró solo y le dijo:

—Estoy seguro de que tú has inducido a Day para que nos exija el pago de nuestra deuda.

Yo no he hecho más que decirle la verdad de quien tú eres. Le he dicho que habías intervenido en el timo de Grandón y tal vez por eso quiera cobrar, antes que te lleves todo el dinero de la tienda.

El cinismo de aquel infame, excitó a Guillermo de tal forma que, sin poderse contener, se abalanzó sobre él y lo derribó al suelo de un terrible puñetazo. Quiso Tricks responder en la misma forma a la agresión de su adversario, pero antes de que pudiera levantarse, cayó éste sobre él y le dijo, a la vez que le agarraba por el cuello, amenazándole con estrangularlo:

—¡Ahora mismo vas a escribir los detalles del timo de Grandón y a firmarlo de tu puño y letra!

Ante la amenaza de Carson, que había sacado una pistola y lo tenía encañonado, Tricks no tuvo más remedio que obedecer y declarar la inocencia de Guillermo en un escrito que decía:

“Declaro que hasta que todas las acciones del proyecto Grandón estuvieron vendidas y

cobrado el dinero, yo no dije a Guillermo Carson que tales acciones no tenían valor alguno.
"Tricks Kennedy."



—¡Ahora mismo vas a escribir los detalles del timo de Grandón,

Por fin había conseguido Guillermo la única prueba que podía demostrar su inocencia y una vez ésta en su poder y con la tranquili-

dad de poder salvar a Smart de la ruina que le amenazaba, esperó confiado que llegara el día siguiente, que ofrecía ser pródigo en acontecimientos.

Dan, por su parte, tampoco había permanecido inactivo, ante el tremendo conflicto que se avecinaba. El no tenía dinero para solucionarlo, pero antes de permitir que el banquero llevara a cabo su amenaza y cerrara el establecimiento, concibió la idea de sustraer del Banco la cantidad necesaria, para hacer frente a la situación.

Tal como lo pensó lo hizo y a la mañana siguiente, cuando David Smart vino a abrir el almacén, seguro de que era el último día que lo hacía, se presentó a Guillermo y le dijo, enseñándole los billetes que había logrado robar del Banco.

—Ahora no nos pueden cerrar el almacén.

—¡Si que la has hecho buena!—exclamó alarmado Carson—. ¡Me parece que no hay quien nos quite veinte años por lo menos de vivir a la sombra! Ayer telegrafíé a Quin para que viniera y míralo por donde viene.

En efecto, algunos minutos después, se acercó a ellos Quin y, estrechando la mano de Guillermo, le dijo:

—Recibí ayer tu telegrama y en seguida me he puesto en camino... ¿Qué te ocurre?

—Quin, ¿se acuerda usted todavía del timo de Grandón?

—Ya lo creo, como que por eso precisamen-

te te perseguía, aun cuando no estaba muy convencido de tu culpabilidad.

—Pues lea usted este documento—volvió a decirle Carson, entregándole el que había escrito Tricks.

Cogió el detective el papel, que le entregaba su protegido y después de leerlo, exclamó, sin poder ocultar la alegría que le había producido aquella declaración:

—Te felicito, muchacho. Siempre creí en tu inocencia, pero ahora lo urgente es cazar a esa buena pieza.

—No se apresure usted. Lo tengo bien amarrado y es difícil que se escape—respondió Guillermo, mientras lo conducía al lugar adonde había dejado amarrado al estafador y se lo entregaba al policía, diciéndole:

—Creo que, con esta prueba, habré dejado de ser un perseguido de la justicia. ¿No es cierto?

VI

La hora en que terminaba el plazo concedido por Day se acercaba y momentos antes de su terminación, entró al despacho del banquero uno de sus empleados, diciéndole alarmado:

—Señor Day, han robado esta noche la Caja y tenemos una falta en el efectivo de diez mil pesos!

—¡A ver, traiga inmediatamente los libros, para que los repase yo mismo!—le ordenó Day, no pudiendo dar crédito a lo que decía su empleado. Pero desgraciadamente, después de re-

pasar varias veces las cuentas, no aparecían por ningún lado aquellos diez mil pesos, que eran precisamente los que le debía David Smart y una horrible sospecha cruzó por su imaginación.

Esta duda quedó confirmada cuando se presentó Guillermo y le dijo, entregándole la cantidad que le debía Smart.

—Señor Day, vengo a traerle a usted los diez mil pesos, para satisfacer las letras del señor Smart.

Mientras el banquero iba contando la cantidad que acababa de recibir, Carson dejó simuladamente sobre la mesa el dinero que su amigo había robado la noche anterior y cuando aquél terminó, le dijo:

—Toda vez que la deuda está satisfecha, deme un recibo de la cantidad que ha recibido y luego puede entregarle las letras al señor Smart.

Guillermo Carson, a pesar de la vida bastante libre que siempre había llevado, tuvo siempre la previsión de guardar en casa de su abogado algunos miles de pesos, con que hacer frente a cualquier caso imprevisto que se presentase y, gracias a ello, pudo satisfacer el pago de las letras, sin necesidad de tocar ni un solo centavo del dinero que su amigo le había entregado y que él había devuelto de una forma tan original.

Antes de dar parte a la Policía, quiso Day convencerse otra vez de que le faltaba aque-

lla cantidad y, cuál no sería su asombro, cuando vió que el dinero de la Caja estaba conforme con el saldo que arrojaban los libros?

Mientras tanto, en el establecimiento de Smart, éste y su hija esperaban, con verdadera angustia, que llegase el momento fatal de tenerse que desprender de todo aquello que, a costa de tantos sacrificios, habían conseguido salvar, seguros de que el banquero no dejaría de presentarse a la hora señalada.

Cuando ya faltaban unos minutos para que el plazo expirase, llegó Guillermo y June se acercó a él, para reprocharle cariñosamente su silencio, diciéndole:

—¿Guillermo, por qué me has ocultado todo esto? ¿Acaso no tenías confianza en mí?

—No era eso, June; es que quería evitarte este disgusto innecesario, puesto que pensaba arreglarlo todo antes que llegase la hora.

—Sí, pero todo ha sido inútil—replicó la joven tristemente—. Ya ves que sólo faltan unos minutos para las nueve y papá todavía no tiene las letras en su poder.

Antes que Carson pudiera informar a la muchacha de la entrevista que acababa de tener con Day, se presentó éste y, ante el asombro de todos, exclamó:

—Me he enterado por Quin de lo que intentaba ese miserable de Tricks y vengo a darles la satisfacción que les debo.

Y sacando el dinero que, momentos antes,

le había entregado Guillermo, se lo devolvió diciéndole:

—Aquí tiene usted los diez mil pesos que me ha entregado, le ruego que me los acepte sin protestar, y me deje que le estreche la mano.

Sacó luego las letras y haciéndolas pedazos, le dijo a Smart, que estaba asombrado, sin poder comprender todo aquello:

—David, tus letras quedan renovadas indefinidamente. Este joven me ha dado una lección que jamás podré olvidar.

—Pero ¿queréis explicarme qué es lo que ha pasado?—preguntó Smart, que todavía no adivinaba nada de lo ocurrido.

—Nada, papá—le explicó su hija—. Que Guillermo esperaba que llegase este momento supremo, para demostrarte lo que vale.

—Y para pedirle la mano de June—terminó diciendo Carson.

El pobre David no cabía en sí de gozo. Indudablemente aquél era el momento más culminante de su vida. Veía su negocio completamente libre de toda amenaza y a su hija, a aquella niña que quería más que a su vida, próxima a ser la esposa del hombre más bueno que había conocido.

Los dos muchachos, con las manos fuertemente enlazadas, se miraban acariciándose con la vista, y Smart, comprendiendo los deseos de los jóvenes, se cogió del brazo del banquero y salió de la tienda, para que quedasen solos.

En efecto, en cuanto volvieron la espalda, Guillermo estrechó entre sus brazos a su adorada y besándola apasionadamente, exclamó:

—Por fin nos han dejado solos. Creí que no lo íbamos a conseguir.

Y efectivamente no se equivocaba. En aquel instante, sonó el chasquido de otro beso y los dos enamorados volvieron rápidamente la cabeza y contemplaron a Dan y a Evelina que, ajenos a lo que pasaba, se habían entregado por completo a su amoroso idilio.

Carson hizo ademán de acercarse a ellos, pero June se lo impidió, agarrándole por un brazo y diciéndole:

—¿No te parece que en vez de decirle nada, debemos seguir su ejemplo?

No debió de parecerle muy desacertada aquella proposición, cuando, momentos después, se hallaba Guillermo imitando a su amigo y olvidaba, por unos segundos, que existía en el mundo otra cosa que no fuera el amor de su June.

FIN

Núm. 172 - BIBLIOTECA FILMS - 22 de Marzo

EL GENERAL

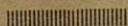
por *Buster Keaton* (PAMPLINAS)

— Postai: _____

RICHARD BARTHELMESS

25 cts.

No deje usted
de leer en



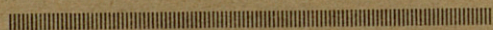
Films de Amor

Una extraña aventura
de Luis Candelas

novela de emoción

Cuando los hombres aman

novela romántica de casos amores e intrigas



!Pronto! ¡Gran acontecimiento!

CINE-FOLLETIN

La intrigante novela de amor y misterio

La esposa indigna

Constará de **10** cuadernos a
20 céntimos cuaderno

Biblioteca Films

celebra este mes de Marzo su
TERCER ANIVERSARIO

Imprimiendo siempre un nuevo impulso a la marcha triunfal de su desarrollo, se complace en comunicar a sus numerosos lectores que acaba de adquirir la propiedad exclusiva de la importante editorial:

Las Grandes Novelas de la Pantalla

(La primera novela cinematográfica)

Serán los próximos primeros títulos:

El sol de media noche

¡Mi hijo antes que nadie!

Mi buen párroco y los ricos

verdaderas e interesantes novelas de vigoroso y sugestivo asunto, con lujosa portada a varias tintas, y profusión de fotografías engarzadas entre el selecto texto, reuniendo en un solo tomo, una preciosa novela y un interesante album de reproducciones fotográficas.

Pida hoy mismo el CATÁLOGO GENERAL de

Biblioteca Films

Las Grandes Novelas de la Pantalla

Films de Amor

Biblioteca Infantil Cinematográfica

Cuentos Cinematográficos

¡¡PRONTO!!
¡¡PRONTO!!

CINE-FOLLETÍN

Solicitamos corresponsales

Biblioteca Films-Apartado Correos 707-Barcelona